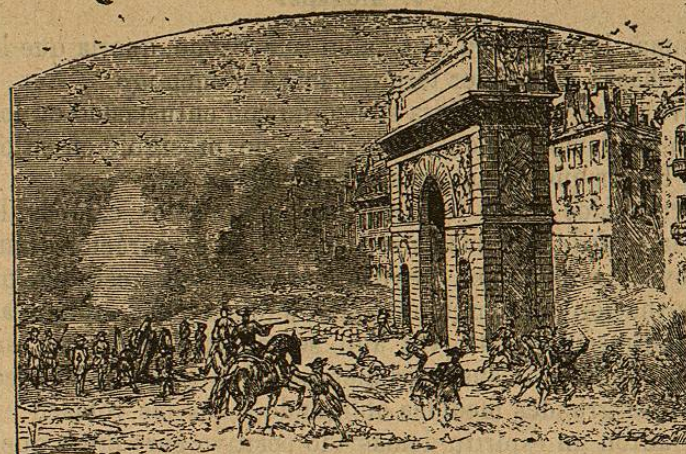
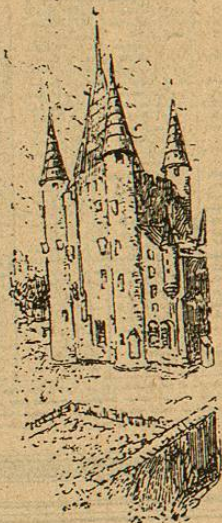


depositada la Convención, se renovase durante un mes. La Convención no solamente acordó esta renovación, si no que para después dió al comité señales de una confianza absoluta, obligándole entre otras cosas á aceptar cincuenta millones que había rechazado el 1.º de Agosto.

Este era el carácter dominante de tan violenta situación. A pesar del terror en la prensa, á pesar de la repugnancia invencible de Robespierre por la responsabilidad gubernamental, la necesidad constituyó un gobierno. El comité completado en Septiembre, á pesar suyo, se trocó en rey.



## CAPITULO II

### **Requisición militar.—Victoria de Dunkerque (11 de Agosto 7 de Septiembre)**

Anhelos de los federales que arrastran á los jacobinos.—Danton secunda el deseo de los federales.—Francia apareciendo como pueblo militar.—El sitio de Mayence pesando sobre la estimación europea.—¿Traicionó Custine?—Carnot como Custine creyó que Prusia trabajaría poco.—Carnot se trueca en Jourdan, Hoche y Bonaparte.—Victoria de Dunkerque.

«El pueblo francés en masa de pie contra los tiranos!» esta inscripción llevaban las banderas de los batallones reclutados por la requisición. Resume el poderoso esfuerzo hecho en el 93.

La iniciativa no pertenece ni á la Asamblea, ni al comité de Salud pública, ni á la Comuna. Los magníficos resultados que se observaron apenas se pronunció la palabra *levantamiento en masa*, cuatro meses después en la Vendée hicieron creer que esta medida era muy útil en cuanto al número.

Es lo que dijeron Robespierre y Chaumette. Este movimiento contrariaba á los hebertistas hasta entonces dueños de la guerra. No osaron oponerse. Hebert no habló, pero hizo hablar á Chaumette.

La Comuna que estableció en los Jacobinos á los federales que acudieron á la gran fiesta, había hecho algo más de lo que creía. Lejos de que los federales siguiesen la política jacobina, los jacobinos ganaron en entusiasmo á los federales. Estos, verdadera flor del patriotismo que envió la Francia conmovida, acogidos, abrazados por la Convención, embriagados en el entusiasmo de París, dieron á los Jacobinos un nuevo carácter. En una atmósfera tan caliente, el sacrificio completo de un pueblo, la partida de veinticinco millones de hombres, Francia entera convertida en un solo guerrero, esta grande aspiración parecía una cau-



sa simplísima. Royer, cura de Chalon-sur-Saone, quería que los aristócratas marchasen en primer término sobre el enemigo.

El levantamiento en masa se acordó con entusiasmo en los Jacobinos y ante tal demostración Robespierre no prosiguió en su oposición; encargó á Roger que redactase su proposición.

Interrumpidos todos los trabajos, incultos los campos, la acción entera de la sociedad en suspenso, todo daba el carácter de un espectáculo nuevo. La Asamblea creyó que era su deber estudiar profundamente la situación. El comité de Salud pública quiso dilatar la proposición. Danton insiste y esta vez aun se muestra dueño con su oratoria del corazón popular, de sus movimientos. Danton se rejuvenece y formula todas las grandes medidas obligando á que las votasen.

Era Danton un espíritu demasiado positivo para creer que esta gigantesca operación se aprovecharía á tiempo. En efecto, las dos victorias que nos salvaron (7 de Septiembre y 16 de Octubre) las obtuvieron por distintos medios, con tropas formadas que se llevó al ejército del Norte. La requisición no contribuyó menos á la victoria por su poderosa fuerza moral.

He aquí el decreto: «Todos los franceses encuéntrase en estado de requisición permanente. Los jóvenes irán al combate; los casados forjarán armas y transportarán las subsistencias; las mujeres harán tiendas, trajes, servirán en los hospitales; los niños prepararán las deshilas para los heridos; los viejos animarán á los guerreros sosteniendo latente el odio contra los reyes y el amor á la unidad de la República. Los ciudadanos solteros de diez y ocho á veinticinco años marcharán en primera fila.» El efecto moral se obtuvo.

Danton, ante las desconfianzas demostradas por algunos, dijo que el verdadero patriotismo consistía en entregarse en absoluto á la Francia.

Nadie la representaba entonces tan perfectamente como aquellos federales de las asambleas primarias exaltados y templados en el fuego del 10 de Agosto; Robespierre no quería que se fiase nadie de ellos. Dijo en los Jacobinos que no se podían conceder poderes tan omnipotentes á seres desconocidos. Danton pidió al contrario que la Asamblea les diese un amplísimo voto de confianza, una misión delicada, la de la requisición bajo la dirección de los representantes. «Por este hecho solo estableceréis en el movimiento nacional una unidad sublime.» Quedó aprobada la proposición.

Las fraguas en las plazas y calles, talleres improvisados donde se construían mil fusiles en un día, las campanas descendiendo de sus torres para tomar otro tono y lanzar al espacio formidables voces, la agitación en lo más recondito de Francia todo indicaba un pueblo que hace un soberano esfuerzo para aplastar al enemigo de su libertad.

El espectáculo que presentaba entonces la Francia era curioso, aunque distinto al del 92, el de una acción firme, entusiasta, decidida-

mente ofensiva. Lo que eleva el carácter patriótico del 92, es la partida de los voluntarios. La gloria del 93, fué la requisición.

Parece que esta cuestión sea superficial, y sin embargo, tiene su importancia.

El extranjero había dicho: «Dejemos que pase el entusiasmo; mañana, descorazonados, ellos mismos caerán bajo nuestra espada.» Y ocurrió todo lo contrario, pues la nación por primera vez aparece verdaderamente militar, heroica, inteligente. Se vió en Mayence.

La dictadura del 93 fué grave, pues consistía como ya hemos indicado en la autoridad de los representantes y los federales, para ejecutar la requisición, empresa gigantesca. ¿Pero tenían suficiente poder para ello? ¿Se les reconocería por el pueblo?

Lo que dijo Danton causó excelente efecto: «Que adviertan á los ricos que deben venir con nosotros, de lo contrario antes de abandonar Francia destruiremos sus haciendas, cuanto posean. Serán las primeras víctimas. ¡Desgraciados! Más perderiais por vuestra esclavitud que dariais para inmortalizar la Libertad.»

En el sitio de Mayence se esperaba que surgiese un incidente que aplazara la cuestión ó que hablara en favor de Francia.

¿Quién hubiera podido creer que la guarnición de esta plaza abandonada, rodeada de poderoso atrincheramiento enemigo, bajo el fuego de la más potente artillería, teniendo frente á sí el ejército prusiano entonces primero de Europa y el rey de Prusia en persona, quien hubiera creído, repetimos, que esta guarnición hubiese podido detener cuatro meses la marcha del enemigo? El bombardeo fué horroroso. Kleber dijo después: «He vivido cuatro meses sobre una inmensa ascua de fuego.»

Los generales Kleber y Dubayet, no contentos con rechazar los ataques, hacían tambien salidas peligrosas. El representante Merlin de Thionville cada vez que hacían una salida se batía como un león. Esta frase es de Kleber.

El ilustre Meunier, de la Academia de Ciencias, general de ingenieros, fué muerto en un combate por la noche al frente de nuestras columnas. Los prusianos, admirando el genio de este pequeño ejército suspendió el fuego durante los funerales, asociándose así al luto de Francia.

Desde el 26 de Abril, Custine, general de nuestro ejército en el Rhin, nada pudo hacer y se le autorizó para que rindiera la plaza. Custine rechazó heroicamente. Esta fervorosa, ardiente, invencible resistencia provocó en Europa un sentimiento de admiración aun en los mismos reyes.

Finalmente el hambre venció á nuestros soldados. Si hubieran sostenido su intrepidez un día más hubiéranse batido en retirada y hubieran quitado al ejército enemigo el honor de un triunfo.

Cuantos soldados nuestros combatieron en Mayence, todos merecen una corona de laurel. Por la ridícula acusación de Montaut y otros



se arrestó á los jefes después y se quiso procesar á Kleber y Dubayet.

Merlin enrojeció las mejillas á muchos representantes.

Hacía falta una víctima expiatoria y lo fué Custine, de quien se dijo entonces que la rendición era una traición cometida por él. Custine no era inocente, pero tampoco culpable.

Aristocrático por temperamento, duro en su mando, Custine acusó injustamente á Kellermann y á otros. Después amenazó á algunos patriotas alemanes con arrestar al presidente de la Convención de Mayence. Esta conducta merecía ejemplar castigo.

Custine quiso en determinadas ocasiones la ofensiva, pero al no poder verificarla quedó perplejo.

Más parecía diplomático en la guerra que general. Amenazó una vez á los prusianos, invitó á Mayence á que capitulara sin tener fuerzas para guarnecer esta plaza.

En el estado de desorganización en que se encontraba el ejército debía de arriesgarse todo.

Custine en realidad no osó defenderse. Tuvo miedo después á los clubs y á la prensa. Se aceleró el juicio; temíase que una parte del ejército lo tomara á su favor. París vivía en agitación continua. Los jurados sufrieron una silba de los realistas y las amenazas de los Jacobinos. Custine pereció el 27 de Agosto, el mismo día en que los realistas entregaban la plaza de Tolon al enemigo.

Los actos sospechosos de Custine habían sido dictados por una idea suya, justa en el fondo, y que la paz de Bâle debía de confirmar: *Que la Prusia aborrecía á la Francia menos que esta á Austria...* Desde los primeros de Julio la Prusia había escrito á la República francesa, pidiéndole el cambio de prisioneros. De todas las potencias era la única de la que podría esperarse la emancipación de la conjura internacional.

Esta era una verdad evidente y ella guió á Carnot. Creyó que Prusia obraría, pero ya tarde y se aventuró de tal modo que hubiera sufrido las mismas acusaciones que Custine si no hubiese triunfado. Redujo el ya reanimado ejército del Rhin.

Juzgó á la coalición como una partida de bandoleros que no tenían más idea común que la de robar, pero reducido cada cual un procedimiento en relación á su temperamento.

Quince días duró el empeño de ingleses y austriacos, del 3 al 18. El 18 se recibe la separación de York y Cobourg, firmada por Pitt, quien acaba diciendo: «Quiero Dunkerque.»

La misma división marcha sobre el Rhin. El 14 de Agosto apareció en la prensa el acta por la cual Rusia se adjudicaba media Polonia. Prusia reclamó su parte y aun aplaza dos meses más su unión á las fuerzas austriacas y de emigrados que estaban en el Rhin.

Carnot, pues, tuvo razón.

El comité le demostró una confianza sin reserva. Obtuvo en la

Convención que no se enviaran á los ejércitos esos agentes especiales que neutralizan la acción de los representantes del pueblo. Golpe nobilísimo fué este para someter al ministerio de la Guerra. Los hebertistas no osaron hablar, pero obligaron á que lo hiciera Robespierre, quien les defendió á su ministro, deplorando en los Jacobinos la promulgación del decreto del 23 de Agosto.

Carnot encontró al ejército del Norte en un estado imposible de describir. Ni existía material, ni subsistencias, ni equipo. Toda administración había desaparecido. Precisamente en Noviembre encontró Robert Lindet las cosas en este estado de descomposición y con energías y afortunadas medidas concentró toda autoridad, dando igualdad y forma á los movimientos.

Las fuerzas eran desiguales. Entre estas tropas, á cuyos costados se encontraban lo mismo las fuerzas buenas que las malas, encontrábanse fuerzas vivas admirables, los mejores soldados que jamás han existido. Todo se veía, es cierto, en los rangos inferiores y Carnot que era adivino llevó á estos hombres dotados de verdadero valor de las filas últimas á los primeros puestos.

Era una maravilla para adivinar quienes eran capaces de luchar hasta la muerte por la patria.

¡Tanto amó la patria este hombre, que ante esta muchedumbre en la que otros hombres no habían distinguido nada, él consiguió descubrir hasta héroes!

La primera medida fué para descubrir á Jourdan.

Su segunda á Hoche.

Su tercera á Bonaparte.

Hoche era aun cadete en la columna que operaba en Dunkerque; Jourdan, general de brigada brillaba en Honchard y con él hombres que dejaron recuerdo de su nombre. Entre ellos uno era locamente intrépido, Vaudamme; Leclerc, que después fué cuñado del emperador, le escribió el 20: «Pitt necesita conquistar Dunkerque. El honor de Francia va en esta batalla.»

El plan de Carnot fué comprendido: consistía en coger á los ingleses entre la población que asediaban, un pantano inmenso y el mar.

En lo que se puede llamar fondo de esta decoración veíase el pueblo de Fournes en poder de los ingleses.

El combate duró veinticuatro horas.

El ejército francés era secundado desde la plaza de donde Hoche hacía frecuentes salidas. Hondchoote, fortaleza avanzada de los enemigos, fué tomada y reconquistada por Hoche. Por un instante no cayó en nuestro poder el hijo del rey de Inglaterra. El representante Levasseur á quien mataron su caballo dudaba aun más que Houchard. Jourdan, Vaudamme y Leclerc obligaron á los ingleses á una retirada por las dunas. El duque de York levantó el sitio y se retiró en buen orden. Todo el mundo se indignó. Houchard pagó con su vida. Se vió desde luego que el



esfuerzo desarrollado progresivamente en veinticuatro horas no podía tampoco durar mucho; pero entonces ocasionó una derrota á los enemigos.

Completa ó no esta victoria cambió el aspecto de las cosas. El abandono del sitio de Dunkerque, cincuenta cañones capturados, la retirada de un ejército de clases distinguidas, el ejército inglés que pudo ser ayudado desde el mar, todo esto causó un extraño efecto en Europa.

Desde entonces todo se transformó. Parecía imposible que la Francia, á la que se veía debilitada por momentos, hubiera podido dar un golpe tan tremendo, tan seguro. Se supuso lo que era cierto: *que existía un gobierno*. ¿En París quienes habían sido vencidos? Más los hebertistas que los ingleses, los imprudentes monopolizadores del ministerio de la Guerra.

Eran dueños de los clubs, de las secciones, de la Comuna, de los órganos de la publicidad. En los Jacobinos parece que se juramentó la gente para hablar lo menos posible del triunfo de Dunkerque.



### CAPITULO III

#### **Complots realistas.—Tolon (Agosto-Septiembre 93)**

Los realistas entregan Tolon á los ingleses.—Su imprudente alegría en París.

Votáronse grandes medidas de defensa interior. ¿Sería necesario adoptar medidas de Terror para que aquellas fuesen eficaces?

¿Se ejercía el derecho conferido á los federales para requisionar y equipar las tropas? ¿Se realizaría el pago de las contribuciones atrasadas en los nueve meses primeros del 93? Esta era la cuestión.

Danton mostró los procedimientos que se debían adoptar con los ricos, pero se puede pensar sin temor á equivocaciones que las clases adineradas confiaban en los actos de clemencia ejecutados tantas veces por los dantonistas. Terribles estos en sus palabras y en sus medidas de carácter general, eran débiles en sus relaciones particulares. Después del 10 de Agosto, ellos eran quienes estaban á la cabeza del movimiento revolucionario, y éste hubiera abortado si una circunstancia imprevista no los hubiera puesto en condiciones de que hasta los mismos *indulgentes* votasen las leyes del Terror.

Se operó el milagro por los realistas, contra quienes iban encaminadas las leyes. Ellos fueron quienes por medio de un acto de traición monstruosa colocaron la mecha en la pólvora, arrojando á la Francia republicana en tal acceso de furor, que los más timoratos hubieron de figurar en las avanzadas del Terror para evitar que éste los aplastara.

El 27 de Agosto, mientras los ingleses intentaban triunfar en Dunkerque, á trescientas leguas se les entregaba Tolon.